



Casi te olvido (detalle). Acrílico sobre madera 27 x 10 cm

La literatura como fin o el fin de la literatura para jóvenes

Ivonne Ramírez Ramírez*

[...] Lo heterogéneo picaba y creció el afán por domesticar lo diferente, por ponerlo al servicio de otras ilusiones. Más o menos entonces se terminó el idilio y comenzó el conflicto.

Graciela Montes

Describir mi experiencia de lectura¹ en el Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicio 114 (CBTIs), en Ciudad Juárez, pudiera parecer intrascendente. No obstante, importa explorar algunas de las vicisitudes que se manifestaron en esta actividad, con la finalidad de abarcar un tema del que mucho se habla pero en el que poco se actúa: la formación de jóvenes lectores.

Anotemos que se impartieron dos sesiones de lectura en el CBTIs 114. En la primera, se leyó un capítulo de *Palinuro de México*, del escritor mexicano Fernando del Paso; en la segunda, tocó el turno a la literatura erótica, con un capítulo del libro *Las edades de Lulú*, de la escritora española Almudena Grandes.

Tal vez no sea vano señalar que en ambas ocasiones se tuvo una afluencia de treinta y ocho alumnos. Todos ellos presentes por decisión propia: no fueron obligados a asistir, simplemente se les hizo una invitación dentro de sus horas de clase para que acudieran a cualquiera de los eventos que se tenían previstos para la Semana de la Cultura. No despreciemos estos datos: más de la mitad de los asistentes fueron mujeres y el resto hombres.

*Estudiante de la licenciatura en Literatura Hispanomexicana de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

Todos ellos entre los quince y los diecisiete años.

Veamos los acontecimientos. De *Palinuro de México* se leyó sólo un apartado. Éste es rico en juegos lingüísticos, hace alusiones a prácticas sexuales, integra conversaciones que van hacia el uso de lo grotesco, pero cargadas de gracia; en los diálogos entre el protagonista y otros personajes, inserta un lenguaje técnico médico que se utiliza sólo como pretexto para el deleite lúdico del lector.

Los jóvenes, al escuchar este fragmento, se mantuvieron atentos y risueños durante toda la lectura, sin distracciones, sin la inquietud de que se terminara la sesión. Su mirada era congruente con sus actitudes, se mostraban curiosos, interesados; llevaban el hilo de la historia y estaban preparados para cualquier otro elemento lúdico que los incitara a la risa o a la carcajada. El capítulo aborda temas tabúes en nuestra sociedad: lo escatológico y la exploración de los genitales masculinos. Incorpora la discusión, dentro de la historia, de la semántica de la masturbación.

Ante estos temas, los jóvenes no se mostraron inquietos, aunque sí sorprendidos al enterarse de que la literatura puede abordar estos tópicos. Se optó por leer este capítulo al considerar que la literatura lúdica demuestra, de forma abierta y explícita, que el texto literario, en general, no tiene por qué ser tedioso ni denso,² que con el lenguaje se puede jugar de mil maneras increíbles y magníficas, que la lengua puede ser plurisignificativa y mostrar un sinnúmero de versiones de una sola realidad sin deformarla. Esta literatura amplía los horizontes de expectativas, como lo propone Gastón Bachelard y retoman otros autores en la teoría literaria.

Al respecto, es importante mencionar que las demostraciones³ subjetivas y las invitaciones mágicas que se dan al tiempo de tomar la responsabilidad y el gusto por leer cualquier tipo de literatura frente a un grupo —sean niños, jóvenes o adultos—, son complejas. Esto lo resume, de forma breve y exacta, la escritora argentina Graciela Montes:

Enseñar literatura no puede significar otra cosa que educar en la literatura, que ayudar a que la literatura ingrese en la experiencia de los alumnos, en su hacer, lo que supone, por supuesto, reingresarla en el propio. Educar en la literatura es un asunto de tránsito y ensanchamiento de fronteras. Y un asunto vital, en el que necesariamente están implicados los

maestros y profesores, aunque no sólo ellos.⁴

Esto del juego lingüístico en la literatura tiene que ver con el juego infantil, del que nadie prescinde. El juego tiene que ver con la imaginación, con la ficción, con la realidad (es una representación de ella, sólo una).⁵

Aquella ocasión, al terminar la lectura, se propuso una lluvia de ideas mediante la invitación a expresar preguntas, comentarios o recomendaciones. Sin embargo, de éstas se hablará un poco más adelante. Por ahora interesa mencionar lo ocurrido en la segunda sesión.

Como se mencionó antes, la novela elegida fue *Las edades de Lulú*; un capítulo de esta lectura erótica bastó para acaparar la atención más o menos concentrada y bulliciosa de los alumnos adolescentes. Se leyeron aproximadamente ocho páginas. El capítulo versa sobre diversas experiencias de relaciones heterosexuales y homosexuales entre los protagonistas.

En esta ocasión, los muchachos se mostraron un poco incómodos por el tema; pero sorprendidos y emocionados por saber que los libros pueden hablar de lo que ellos mismos comentan, con la diferencia de que el tema en los libros se aborda con un lenguaje coherente, sin titubeos, sugerente y rico. También hay que aclarar que la incomodidad sentida fue, según sus propias palabras, porque no están acostumbrados a que alguien les hable abiertamente sobre temas relacionados con la sexualidad y, menos aún, frente a otros compañeros: mujeres y hombres.

Toquemos el punto pendiente. Englobemos las preguntas, comentarios y recomendaciones y felicitaciones. Las preguntas trataban en general sobre el ejercicio de la sexualidad. Hubo quien preguntó: ¿Cuál es la mentalidad requerida para saber si un texto que habla de sexualidad es literario? También se nos inquirió respecto a qué opinábamos de la literatura que aborda el erotismo. Una pregunta más fue: ¿Cómo defenderíamos nuestra lectura en caso de que los padres de familia, molestos por el tema del que hablamos, nos confrontaran? Más allá de plasmar nuestras respuestas, que en este contexto tienen más probabilidad de saberse predecibles, enfoquémonos a las respuestas y actitudes de los jóvenes hacia nuestra lectura.

Entre las recomendaciones y comentarios que se hicieron, se plantearon algunos temas que les gustaría leer o escuchar en activida-

des próximas. Allí surgieron tópicos como la adolescencia, la sexualidad, los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, la discriminación hacia las mujeres; recomendaciones de autores y lecturas, ciencia ficción, religión, poesía, entre otras. Interesa resaltar que las mujeres se tornaron más participativas que los hombres.

Algunos comentarios giraron alrededor del gusto y satisfacción que les había dejado la lectura; declaraban que les había parecido interesante pero no pertinente —aunque no especificaron por qué, aun cuando se los preguntamos— y algunos agregaron que las lecturas les parecieron un poco fuertes, aunque ello no les impidió sentirse atraídos por ellas. A continuación, se nos invitó a asistir con más frecuencia y de forma permanente. Hubo quienes, al finalizar las lecturas, se acercaron a preguntar qué autores les podríamos recomendar y cuáles otras lecturas; otros preguntaron nuestra opinión acerca de determinados autores que ellos conocían.

Ahora bien, entraremos al espacio de la justificación del motivo por el que se eligieron estos temas para ser leídos. Considero que los textos, que abordan desde el humor hasta asuntos ordinarios, son materiales que a todos interesan. La manera como abordan tales tópicos Fernando del Paso y Almudena Grandes me parece adecuada y estética, factor primordial si se trata de elegir textos literarios para todo tipo de lectores. Convendría citar lo siguiente, puesto que la oportunidad lo amerita:

Las palabras inapropiadas y sorprendentes, como las "malas palabras", siempre son escandalosas, descontrolan, ponen en peligro. Y también a mi modo de ver, iluminan. Recuerdo otro destello, dos palabras nada más en medio de un largo texto aburrido. Tenía once años. [...] Me aburría infinitamente; la tarde se me hacía inmóvil, inacabable. Me daban permiso para tener un libro en la mano y yo elegí el diccionario. [...] busqué mis dos palabras: "culo" y "teta". No me interesaba el artículo en realidad, lo que quería era ver escritos "culo" y "teta" ahí [...] Las leía una y otra vez con cuidado y una vaga sonrisa. Me daba cuenta de que esas letras así ordenadas, en esa breve secuencia, bastaban para hacer temblar las tapas del diccionario, forradas en papel araña azul, con etiqueta, para alterar el ritmo de los pasos que resonaban por el pasillo [...] Eran, en esa oscuridad, palabras violentas

y destellantes, y yo me sonreía en secreto y en silencio.⁶

Esto no es descabellado. Los jóvenes necesitan alimentar su deseo de saber, de información, de tocar lo "prohibido" por su sociedad, de no sentirse atacados por hacer, pensar, querer y desear lo que les es propio. Están en la transición de la pubertad a la adolescencia, en la que entran en el ámbito de la moral —desafortunadamente doble moral—, del comportamiento represivo del adulto, de las apariencias. Entonces, ver palabras como éstas resulta un respiro contenido al que sucede una bocanada de aire, reconfortable y catártica.

La literatura nos abre otra posibilidad de enfrentar la realidad y de ser leída, otra oportunidad de entrar en los caminos donde, en cualquier otra situación, no nos adentraríamos. Los jóvenes necesitan esa oportunidad de desdoblarse en este espacio, de identificarse. Y no estamos diciendo con esto que la literatura tenga que abarcar tan sólo estos temas para que los jóvenes se interesen por ella, pero sí me parece una adecuada vía para iniciarlos en ella. De esta manera, exponemos el problema: la sociedad contemporánea es represora y agresiva. La prohibición a los jóvenes de un libre pensamiento es inadmisibles:

Dentro de la escuela, siempre puede haber una opción que permita a los alumnos reflexionar de manera crítica acerca del mundo. [...] Cuando los maestros explican que las opiniones de los alumnos son importantes y eligen libros con los que creen que los alumnos podrán relacionarse, me parece que esos enfoques están diseñados para actuar en el interés de la emancipación de los alumnos. Cuando esos mismos maestros explican que, a pesar de sus opiniones, la disponibilidad de los textos restringe su elección, me parecería que esas limitaciones reducen la autonomía de los alumnos.⁷

No obstante, la mayoría de los docentes no están capacitados para educar en la literatura; cabe la posibilidad de que quien sí lo está tenga que contener o moderar ciertas enseñanzas acerca de la literatura por motivos ideológicos, religiosos y morales. Y vendría bien echar un vistazo a lo que algunos maestros practican:

Los maestros hacen varias afirmaciones acerca de la calidad de los libros que eligen. A

menudo utilizan la palabra “bueno” y suponen que existen valores compartidos sobre lo que es un buen libro. Si se les pide que amplíen su respuesta, señalan que la trama es “buena”, “bien construida” [...] o que la caracterización de los personajes es “buena”. Algunos maestros afirman que los libros de buena calidad sólo se pueden trabajar con los alumnos de nivel alto. [...] La literatura popular debe rechazarse porque está mal escrita, tienen un vocabulario limitado y una gramática incorrecta [...].⁸

Es pertinente abarcar el tema, de una manera concisa, acerca del comportamiento de los maestros frente a obras que tratan temas “descarados” o que pueden poner en conflicto y en debate a una clase:

Detrás de esa incomodidad se esconde un miedo bastante real a los inspectores, a las sociedades de padres de familia y, lo que es peor, a un escándalo de la prensa. [...] Ese material debe incluirse dentro de un abanico de libros que probablemente se estudiarán, y que los maestros deben alertar a los padres sobre su posible contenido polémico. [...] quisiera señalar que muchos alumnos leen ese material con o sin nuestro consentimiento.⁹

Sería equivoco tratar esos temas de forma deshonestamente, abordarlos desde una psicología barata y torpe para, subjetivamente, acometer contra los intereses y el pensamiento de los jóvenes. Tampoco es válido menospreciar a los jóvenes lectores, ni de esa ni de ninguna otra manera.

Recordemos que la literatura abre canales y alcanza su significación (una de ellas) no en cuanto es leída sino cuando se comprende, cuando se detecta el “envasamiento” del contenido, cuando el lector extrae los vacíos de ese texto literario y los llena para darles sentido, el cual cada lector construye. Viéndolo de esta forma, el texto literario tiene que destruirse y, posteriormente, construirse cuando se tiene en las manos, a partir de una deconstrucción libre; puede admitirse al lector como un escritor superficial en el sentido literal o un arquitecto literario. Visión bastante apegada a las teorías de la recepción, me parece. No es posible ni justo que se le niegue este derecho a un lector, aun cuando sea niño o joven. En todo caso, ellos son los más indicados para ejercer el derecho a elegir, por estar en pleno desarrollo y plena formación. Y sólo así ten-

dremos la seguridad de que serán los futuros lectores asiduos y los primeros en hacer del mundo un lugar abierto a las ideas y la diversidad de prácticas culturales. A las posibilidades, al encanto, a la humanidad. Por lo tanto, tendremos la seguridad de que este mundo sería un poco o un mucho mejor, nunca se sabe. ¿Idealismo? Habrá que creer.

¹ Esta actividad se llevó a cabo de forma conjunta con Ana Laura Ramírez Ramírez, estudiante del mismo programa académico. Las sesiones de lectura se realizaron dentro del curso “Literatura infantil y juvenil II”, impartido por la Mtra. Susana Báez en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

² Valdría señalar que, de una manera inconsciente o consciente, “La ficción ingresa temprano en nuestras vidas. Comprendemos, precozmente, que hay ocasiones en que las palabras no se usan sólo para hacer que sucedan cosas —para mandar, para dar órdenes— o para decir cómo es el mundo —para describir, para explicar—, sino para construir ilusiones. Basta con haber oído una sola canción de cuna o una sola deformación cariñosa del propio nombre para saber que a veces las palabras hacen cabriolas y se combinan entre ellas para formar dibujos con el solo propósito, al parecer, de que se las contemple maravillado [...]”, como señala Graciela Montes en *La frontera indómita. Entorno a la construcción y defensa del espacio poético*. FCE, México, 2ª ed., 2001, p. 46.

³ “Cuando le contamos (literatura) a un chico estamos dejando inauguradas algunas cosas. Por un lado, le garantizamos que existen discursos imaginarios deliberados, construcciones hechas de palabras y ‘gratuitas’ (o por las que, al menos, no hay que pagar el precio de la referencia). Otros mundos —redondos, encerrados en sí, independientes por tener sus propias reglas internas, aunque, por supuesto, vinculados de muchos y muy complejos modos al mundo real—, mundos imaginarios a los que se puede ir de visita”. *Ibid.*, p. 47.

⁴ *Ibid.*, p. 55.

⁵ “Los juegos parecen ser algo más que pre-ejercicios, entrenamientos para entrar mejor preparado al mundo adulto, algo más que un estadio en el camino hacia la adaptación madura, como quiere Piaget. Porque todo el que juega, todo el que ha jugado, sabe que, cuando se juega, se está en otra parte. Se cruza una frontera [...]” *Ibid.*, p. 34.

⁶ *Ibid.*, p. 71.

⁷ Charles Sarland, *La lectura en los jóvenes: cultura y respuestas* (trad. Diana Luz Sánchez). FCE, México, 2003, pp. 37-38

⁸ *Ibid.*, pp. 38-39.

⁹ *Ibid.*, pp. 256-257.